

momento cumplo con mi deber como notario de la familia.

—Tiene razón, dijo Claes.

—El plazo expirará dentro de dos días, repuso el notario, y desde mañana debo proceder á abrir el inventario, aunque sólo sea para retrasar el pago de los derechos de sucesión que el fisco vendrá á reclamar; el fisco no tiene entrañas, no se cura de los sentimientos, sino que en todo tiempo echa su garra sobre nosotros. Así, pues, todos los días de diez á cuatro, vendremos mi pasante y yo con el perito tasador Raparlier. Cuando hayamos terminado lo de la ciudad, pasaremos á lo del campo. En cuanto al bosque de Waignies, ya hablaremos de él. Esto sentado, pasemos á otro punto. Tenemos que convocar un consejo de familia para nombrar un curador. El señor Conyncks, de Brujas, es hoy vuestro pariente más próximo; pero hoy es belga. Deberías escribirle acerca de este asunto, y sabrás si el buen hombre tiene ganas de establecerse en Francia, donde tiene hermosas haciendas, y así podrás decidirle á venir con su hija á vivir en la Flandes francesa. Si no quiere, veré el modo de componer el consejo, según los grados de parentesco.

—Y ¿para qué sirve un inventario? preguntó Margarita.

—Para hacer constar los derechos, los valores, el activo y el pasivo. Cuando todo está bien establecido, el consejo de familia toma en interés de los menores las determinaciones que juzga...

—Pierquin, dijo Claes levantándose del banco, procede á evacuar lo necesario para la conservación de los derechos de mis hijos; pero evítanos el disgusto de ver vender lo que pertenece á mi querida...

No terminó. Había dicho estas palabras con actitud tan noble y con tono tan convencido que Margarita tomó la mano de su padre y se la besó.

—Hasta mañana, dijo Pierquin.

—Ven á almorzar, dijo Baltasar. Luego pareció reunir sus recuerdos y añadió: —Pero en virtud de mi contrato de boda, hecho según las leyes del Henao, yo había dispensado á mi mujer del inventario para que no se la molestase, y yo probablemente no estoy obligado...

—¡Qué alegría! exclamó Margarita. Nos habría causado tanta pena...

—Pues bien, mañana examinaremos tu contrato, respondió el notario confuso.

—¿Pues qué, no lo conoces? le dijo Margarita.

Esta observación interrumpió la conversación. El notario se vió muy apurado para seguir hablando después de lo dicho por su prima.

—El diablo lo enreda, pensó Pierquin al salir. Ese hombre tan distraído recobra la memoria en el momento en que la necesita para impedir que se tomen precauciones contra él. Sus hijos perderán sus bienes; eso es tan seguro como dos y dos son cuatro. Hable usted de negocios á jóvenes de diez y nueve años que se las echan de sentimentales. Me he devanado los sesos para salvar la fortuna de esos muchachos, procediendo con regularidad y entendiéndome con el buen Conyncks. Y resulta que pierdo en el concepto de Margarita, la cual pregunta á su padre por qué quiero hacer un inventario que ella considera inútil. Y Claes le dirá que los notarios tienen la manía de levantar actas, que somos notarios antes que parientes, primos ó amigos, en fin, tontearias...

Cerró la puerta con violencia echando pestes contra los clientes que se arruinan por sensibilidad. Baltasar tenía razón, y el inventario no se hizo. Así, pues, no se determinó nada respecto á la situación en que se encontraba el padre para con sus hijos. Transcurrieron muchos meses sin que cambiara la situación de la casa Claes. Gabriel, hábilmente dirigido por Solis, que se había hecho su preceptor, estudiaba con aplicación, aprendía idiomas y se preparaba para sufrir el examen de ingreso en la Escuela politécnica. Felicia y Margarita habían vivido en un retiro absoluto, aunque por economía, iban á vivir en verano á la casa de campo de su padre. Claes se ocupó en sus asuntos, pagó sus deudas, tomando prestada una cantidad considerable sobre sus posesiones, y visitó el bosque de Waignies. A mediados de 1817, su aflicción, mitigada poco á poco, le dejó solo y sin defensa contra la monotonía de la vida que llevaba y que le pesaba ya. Al principio luchó animosamente contra la Ciencia que se iba despertando, y se prohibió á sí mismo pensar en la Química. Luego pensó en ella; pero no quiso ocuparse de ella activamente y se limitó á ocuparse en teoría. Aquel estudio constante hizo revivir su pasión que se tornó ergotista. Discutió consigo mismo si se había comprometido á no continuar sus investigaciones, y recordó que su mujer no había aceptado su juramento. Aunque se había

prometido á sí mismo no proseguir la solución de su problema, ¿no podía variar de propósito desde el momento en que vislumbraba un buen resultado? Tenía ya cincuenta y nueve años, y á esta edad, la idea que le dominaba adquirió la áspera fijeza por la cual empiezan las monomanías. Las circunstancias vinieron á conspirar contra su lealtad vacilante. La paz de que gozaba Europa había permitido la circulación de los descubrimientos y de las ideas científicas adquiridas por los sabios de diferentes países entre los cuales no había habido relaciones hacía cerca de veinte años. La Ciencia había proseguido su camino. Claes vió que los progresos de la Química se habían encaminado, sin notarlos los químicos, hacia el objeto de sus pesquisas. Las personas dedicadas á la elevada ciencia pensaban como él que la luz, el calor, la electricidad, el galvanismo y el magnetismo eran efectos distintos de una misma causa, y que la diferencia que existía entre los cuerpos tenidos hasta entonces por simples debía resultar de las diversas dosis de un principio desconocido. El temor de que otro encontrara la reducción de los metales y el principio constitutivo de la electricidad, dos descubrimientos que conducían á la solución de lo Absoluto químico, aumentó lo que los habitantes de Douai llamaban una locura, é hizo que sus deseos llegasen á un paroxismo que concebirán las personas apasionadas de las ciencias ó que han conocido la tiranía de las ideas. Así fué que dominó á Baltasar una pasión tanto más violenta cuanto más tiempo había estado adormecida. Margarita, que espiaba las disposiciones de ánimo por las que pasaba su padre, abrió el locutorio. Permaneciendo en él, reanimó los recuerdos dolorosos que debía causar la muerte de su madre, y en efecto, al despertar el sentimiento de su padre, consiguió retardar su caída en el abismo donde al fin y al cabo debía despeñarse. Quiso renovar su trato social y obligó á Baltasar á distraerse. Se le presentaron muchos y buenos partidos, los cuales dieron algo que pensar á Claes, aunque Margarita declaró que no se casaría antes de cumplir veinticinco años. A pesar de los esfuerzos de su hija, á pesar de sostener violentas luchas consigo mismo, Baltasar reanudó secretamente sus trabajos á principios del invierno. Era difícil ocultar semejantes ocupaciones á mujeres curiosas. Un día, Marta dijo á Margarita mientras la ayudaba á vestirse: —Señorita, estamos perdidas. Ese monstruo de Mulquinier,

que es el demonio disfrazado, porque jamás le he visto hacer la señal de la cruz, ha subido al desván. Ya tiene usted á su señor padre embarcado para el infierno. ¡Dios haga que no la mate á usted como mató á la pobre señora!

—No es posible, dijo Margarita.

—Venga usted á ver la prueba de su tráfico...

Margarita se asomó á la ventana y vió en efecto una leve humareda que salía por el cañón de la chimenea del laboratorio.

—Dentro de pocos meses cumpliré veintiún años, pensó, y entonces sabré oponerme á que se disponga así de nuestra fortuna.

Baltasar, al dejarse llevar de su pasión, debió necesariamente tener menos consideración por los intereses de sus hijos de la que había tenido por los de su mujer. Las barreras eran menos elevadas, su conciencia más ancha, y su pasión, por tanto, más intensa. Así fué que siguió su carrera de gloria, de labor, de esperanza y de miseria con el furor de un hombre lleno de convicción. Seguro del resultado, se puso á trabajar día y noche con un afán que asustó á sus hijas, las cuales ignoraban cuán poco nocivo es el trabajo para un hombre que se recrea en él. Tan luego como su padre comenzó otra vez sus experimentos, Margarita suprimió las superfluidades de la mesa, y adoptó una economía digna de un avaro, secundándola admirablemente Josefa y Marta. Claes ni siquiera echó de ver aquella reforma que reducía la vida á lo estrictamente necesario. Ni almorzaba, ni bajaba del laboratorio hasta el momento preciso de comer, y, en fin, se acostaba después de pasar en el locutorio algunas horas entre sus dos hijas, pero sin decir una palabra. Cuando se iba á recoger, ellas le daban las buenas noches y él se dejaba besar maquinalmente en ambas mejillas. Semejante conducta habría causado las mayores desdichas domésticas si Margarita no hubiera estado preparada para ejercer la autoridad de una madre y preservada por una pasión secreta contra los inconvenientes de tan gran libertad. Pierquin había cesado de visitar á sus primas, juzgando que su ruina iba á ser completa. Las fincas rústicas de Baltasar, que rentaban diez y seis mil francos y valían unos doscientos mil escudos, estaban ya gravadas con trescientos mil francos de hipotecas. Antes de dedicarse de nuevo á la Química, Claes había tomado prestada una crecida cantidad de dinero. La

renta alcanzaba precisamente para el pago de los intereses; mas como, con la impresión propia de los hombres consagrados á una idea, dejaba que Margarita percibiera el importe de sus arrendamientos para atender con él á las necesidades de la casa, el notario calculó que bastarían tres años para dar al traste con los negocios y que los curiales devorarían lo que Baltasar no se hubiera comido. La frialdad de Margarita había hecho que Pierquin adoptase una indiferencia casi hostil. Para atribuirse el derecho de renunciar á la mano de su prima, si se volvía demasiado pobre, decía con aire de compasión hablando de los Claes: «Esa pobre gente está arruinada, he hecho todo lo que he podido por salvarla; pero ¿qué quiere usted? la señorita Claes no ha querido aceptar ninguna de las combinaciones legales para salvarla de la miseria».

Manuel, nombrado provisor del colegio de Douai, gracias á la protección de su tío y también á sus merecimientos, que le hacían digno de aquel puesto, iba todas las noches á ver á las dos jóvenes, que llamaban á la vieja Marta tan luego como su padre se acostaba. Jamás se retrasaba el aldadazo dado suavemente á la puerta por el joven Solís. Hacía tres meses que, alentado por la graciosa y callada gratitud con que Margarita admitía sus atenciones, se mostraba tal como era. Las radiaciones de su alma pura como un diamante brillaron sin nubes, y Margarita pudo apreciar su fuerza y su duración viendo cuán inagotable era su manantial. Admiraba cómo se iban abriendo una á una las flores, después de respirar de antemano sus perfumes. Cada día realizaba Manuel una de las esperanzas de Margarita, y hacía resplandecer en las regiones encantadas del amor nuevos fulgores que disipaban las brumas, despejaban el cielo, y coloraban las fecundas riquezas sepultadas hasta entonces en la sombra. Manuel, más á sus anchas, pudo ostentar las seducciones de su corazón, hasta entonces discretamente ocultas; esa expansiva alegría de la edad juvenil, esa sencillez proporcionada por una vida dedicada al estudio, los tesoros de un talento delicado que el mundo no había adulterado, todas las inocentes jovialidades que tan bien sientan á la juventud amante. Su alma y la de Margarita se entendieron mejor; pasaron juntas hasta el fondo de sus corazones y encontraron en ellos los mismos pensamientos: perlas de un mismo brillo, suaves y frescas armonías semejantes á

las que están debajo del mar y que, según dicen, fascinan á los buzos. Diéronse á conocer el uno al otro con esa comunicación de ideas, con esa curiosidad alterna que adquiriría en ambos las formas más deliciosas del sentimiento. Y todo ello sin falsa vergüenza, aunque no sin mutuas coqueterías. Las dos horas que Manuel pasaba todas las noches con las dos jóvenes y Marta, hacían aceptar á Margarita la vida de zozobras y de resignación en que había entrado. Aquel amor ingenuamente progresivo fué su sostén. Manuel imprimía en sus testimonios de afecto esa gracia natural que tanto seduce, ese ingenio dulce y fino que matiza la uniformidad del sentimiento, como las facetas dan realce á la monotonía de una piedra preciosa, haciendo brillar todos sus destellos, admirables modos de proceder cuyo secreto pertenece á los corazones amantes, y que hacen á las mujeres fieles á la mano artista bajo la cual las formas renacen siempre nuevas, á la voz que jamás repite una frase sin refrescarla con nuevas modulaciones. El amor no es tan sólo un sentimiento, sino también un arte. Una simple palabra, una precaución, una nonada, revela á una mujer el grande y sublime artista que quiere abrirse, que puede abrirse paso hasta su corazón sin mancillarlo. Cuanto más adelante iba Manuel, más halagadoras eran las expresiones de su amor.

—Me he anticipado á Pierquin, le dijo una noche; viene á dar á usted una mala noticia, y prefiero dársela yo mismo. Su padre de usted ha vendido el bosque á especuladores que lo han revendido por partes; los árboles están ya cortados y reducidos á tablones que se han llevado ya. El señor Claes ha recibido trescientos mil francos al contado, los cuales ha invertido en pagar las deudas que tenía en París; y para extinguirlas enteramente se ha visto obligado á firmar un pagaré de cien mil francos sobre los cien mil escudos que le deben abonar aún los compradores.

En esto entró Pierquin.

—Hola, prima, dijo, parece que estáis ya arruinados como os lo había vaticinado; tu padre tiene buen apetito. Del primer bocado se ha tragado tu bosque. Vuestro curador Conyncks está en Amsterdam donde acaba de liquidar sus bienes, y Claes ha escogido este momento para dar el golpe. No me parece bien. He escrito al buen Conyncks, pero cuando llegue, todo se habrá despilfarrado ya. Os veréis obligadas á perseguir judicialmente á vuestro padre; la

causa no será larga, pero será una causa deshonrosa que Conyncks no podrá eximirse de entablar, porque la ley lo exige. He ahí el fruto de tu terquedad. ¿Reconoces ahora cuán prudente he sido, cuánto he mirado por vuestros intereses?

—Señorita, traigo á usted una buena noticia, dijo el joven Solís con su dulce voz; Gabriel ha sido admitido en la Escuela politécnica, y se han allanado todas las dificultades con que se había tropezado para su admisión.

Margarita dió las gracias con una sonrisa á su amigo, y le dijo:

—Mis ahorros tendrán un destino. Marta, desde mañana nos ocuparemos en el ajuar de Gabriel. Pobre Felicia, añadió besando á su hermana en la frente, hemos de trabajar mucho.

—Mañana llegará y pasará aquí diez días: debe hallarse en París el 15 de noviembre.

—Mi primo Gabriel adopta un buen partido, dijo el notario mirando de arriba á abajo al provisor; necesitará labrarse una fortuna. Pero, querida prima, se trata de salvar el honor de la familia: ¿querrás escucharme esta vez?

—No te escucharé, si vuelves á hablarme de casamiento.

—Pero ¿qué vas á hacer?

—¿Yo? Nada.

—Sin embargo, eres ya mayor de edad.

—Dentro de unos cuantos días. ¿Tienes que proponerme algún partido que pueda conciliar nuestros intereses y lo que debemos á nuestro padre, al honor de la familia?

—No podremos hacer nada sin tu tío, y por consiguiente, aguardaré hasta que vuelva.

—Pues adiós, dijo Margarita.

—Cuanto más pobre es, más impertinente se vuelve, pensó el notario. Adiós, Margarita, dijo en alta voz. Señor provisor, tengo el honor de saludar á usted. Y se marchó sin despedirse de Felicia ni de Marta.

—Hace dos días que estudio el código y he consultado á un antiguo abogado, dijo Manuel con voz trémula. Si me autoriza usted, mañana marcharé á Amsterdam. Escúcheme, querida Margarita...

Era la primera vez que pronunciaba esta palabra, y ella se la agradeció con una tierna mirada, una sonrisa y una inclinación de cabeza. El joven designó á Felicia y Marta, y no siguió adelante.

—Puede usted hablar delante de mi hermana, dijo Margarita. No necesita esta discusión para resignarse á esta vida de privaciones y de trabajo: ¡es tan buena y tan animosa! Además, debe conocer cuán necesario nos es el valor.

Las dos hermanas se cogieron de la mano, y se besaron como para darse una nueva prenda de su unión ante la desgracia.

—Sal un momento, Marta.

—Querida Margarita, repuso Manuel dejando vislumbrar en la inflexión de su voz la satisfacción que experimentaba al conquistar los pequeños derechos del afecto, he averiguado los nombres y domicilios de los compradores que deben los doscientos mil francos que restan sobre el precio de los árboles cortados. Si usted accede á ello, mañana les presentará un interdicto un abogado que represente al señor Conyncks, el cual no le recusará. Dentro de seis días, su tío de usted estará de regreso, reunirá un consejo de familia y hará emancipar á Gabriel, que tiene diez y ocho años. Estando, tanto usted como su hermano, autorizados para ejercer sus derechos, pedirá usted su parte en el precio de las maderas, y Claes no podrá negarles los doscientos mil francos á los que se ha opuesto interdicto; en cuanto á los otros cien mil que se les deben á ustedes, obtendrán una obligación hipotecaria sobre la casa en que ahora viven. El señor Conyncks reclamará garantías por los trescientos mil francos que corresponden á Felicia y á Juan, y en tal situación, su padre de usted no tendrá más remedio que dejar hipotecar sus fincas del llano de Orchies, gravadas ya con cien mil escudos. La ley da una prioridad retroactiva á las inscripciones hechas en favor de los menores; y por consiguiente, todo se salvará. En adelante, el señor Claes tendrá las manos atadas, porque las tierras de ustedes no pueden enajenarse; ya no podrá tomar nada prestado sobre las suyas, que han de responder de sumas superiores á su precio, y los negocios se harán en familia, sin escándalo ni pleitos; y en fin, su padre de usted tendrá forzosamente que proceder con prudencia en sus experimentos, si es que no los suspende totalmente.

—Sí, dijo Margarita, pero ¿qué será de nuestras rentas? Los cien mil francos hipotecados sobre esta casa no nos producirán nada, puesto que vivimos en ella. El producto de las fincas que mi padre posee en el llano de Orchies ser-

virá para pagar los intereses de los trescientos mil francos debidos á extraños; y entonces, ¿con qué viviremos?

—En primer lugar, contestó Manuel, colocando los cincuenta mil francos que le quedarán á Gabriel de su parte en fondos públicos, tendrán ustedes, con arreglo al cambio actual, más de cuatro mil libras de renta que bastarán para pagar su manutención y el colegio en París. Gabriel no puede disponer ni de la cantidad inscrita sobre la casa de su padre ni de los fondos de sus rentas; por consiguiente, no tema usted que malgaste un céntimo y tendrá una carga menos. Luego, ¿no le quedarán ciento cincuenta mil francos de usted?

—Mi padre me los pedirá y no podré negárselos.

—Pues bien, querida Margarita, también puede usted salvarlos privándose de ellos. Colóquelos usted en el Gran Libro á nombre de su hermano. Esta suma le dará á usted doce ó trece mil libras de renta con las cuales podrán ustedes vivir. Como los menores emancipados no pueden vender nada sin autorización del consejo de familia, ganará usted así tres años de tranquilidad. Para entonces su padre de usted habrá encontrado la solución de su problema ó habrá renunciado verosímilmente á él; Gabriel, ya mayor de edad, le devolverá los fondos para arreglar las cuentas entre los cuatro.

Margarita hizo que Manuel le explicara las disposiciones de la ley que al pronto no podía comprender. Escena nueva y original fué por cierto aquella en que los dos amantes estudiaban el código de que se había provisto Manuel para enseñar á su amada las leyes que regían relativamente á los bienes de los menores, y cuyo espíritu no tardó ella en comprender, gracias á la penetración natural en las mujeres, penetración aguzada aun más por el amor.

Al día siguiente, Gabriel regresó á la casa paterna. Cuando Solís le presentó á Baltasar anunciándole su admisión en la Escuela politécnica, el padre dió las gracias al provisor con un ademán, y dijo:—Me alegro mucho, porque Gabriel será un sabio.

—Hermano mío, dijo Margarita al ver que Baltasar volvía á su laboratorio, estudia mucho, pero no gastes dinero; haz todo lo que necesites hacer, pero sé económico. Los días en que salgas en París vé á casa de nuestros amigos, de nuestros parientes, para no contraer ninguna de las afi-

ciones que arruinan á los jóvenes. Tu pensión asciende á unos mil escudos; te quedarán mil francos para tus gastos particulares, y esto debe bastarte.

—Respondo de él, dijo Manuel dando un golpecito en el hombro de su discípulo.

Un mes después, el señor Conyncks, de acuerdo con Margarita, había obtenido de Claes todas las garantías apetecibles. Los planes tan acertadamente concebidos por Manuel de Solís fueron aprobados y ejecutados en su totalidad. Baltasar, en presencia de la ley y en la de su primo, cuya rígida probidad transigía difícilmente en cuestiones de honor, avergonzado de la venta que había hecho en un momento en que estaba acosado por sus acreedores, se sometió á todo cuanto se exigió de él. Satisfecho con poder remediar el daño que casi involuntariamente había causado á sus hijos, firmó las actas con la preocupación de un sabio. Habíase vuelto tan imprevisor como los negros, que por la mañana venden á su mujer por un poco de aguardiente y por la noche la lloran. Ni siquiera fijaba la atención en su inmediato porvenir, ni se cuidaba de cuáles podían ser sus recursos cuando hubiera fundido su último escudo; proseguía sus trabajos, continuaba sus compras sin saber que ya no era más que poseedor titular de su casa, de sus propiedades, y que gracias á la severidad de las leyes, le sería imposible proporcionarse un sueldo sobre los bienes de que en cierto modo era el custodio judicial. Expiró el año 1818 sin que ocurriera ningún acontecimiento desgraciado. Las dos hermanas pagaron los gastos necesarios para la educación de Juan, y atendieron á todas las necesidades de su casa con los diez y ocho mil francos de renta colocados á nombre de Gabriel, cuyos semestres les envió su hermano con toda exactitud. El tío de Solís falleció en el mes de diciembre de aquel año. Una mañana, Margarita supo por Marta que su padre había vendido su colección de tulipanes, el mueblaje de la casa de delante y todos los objetos de plata. Tuvo que volver á comprar los cubiertos necesarios para el servicio de la mesa, y los hizo marcar con sus iniciales. Hasta aquel día había guardado silencio sobre las depredaciones de Baltasar; mas por la noche, después de comer, dijo á Felicia que la dejara sola con su padre, y cuando éste, siguiendo su costumbre, se sentó junto á la chimenea del locutorio, Margarita le dijo: Querido padre, es usted muy dueño de

vender todo lo que hay aquí, hasta sus hijos: todos obedeceremos sin murmurar; pero me veo obligada á hacer observar á usted que no tenemos dinero, que apenas contamos con lo necesario para vivir este año, y que Felicia y yo nos veremos precisadas á trabajar día y noche para pagar la pensión de Juan con el importe del vestido de encaje cuya labor hemos emprendido. Por Dios, padre mío, suspenda usted sus trabajos.

—Tienes razón, hija mía; dentro de seis semanas todo habrá acabado; habré encontrado lo Absoluto ó lo Absoluto es imposible de encontrar. Entonces todos seréis millonarios...

—Sí, pero mientras tanto déjenos usted un pedazo de pan.

—Pues qué, ¿no hay pan aquí? preguntó Claes asustado. ¡No haber pan en casa de un Claes! ¿Y todos nuestros bienes?

—Ha arrasado usted el bosque de Waignies. El terreno no está limpio todavía y no puede producir nada. Por lo que respecta á las granjas que tiene usted en Orchies, sus rentas no bastan para pagar los intereses de las cantidades que ha tomado usted prestadas.

—Pues entonces, ¿de qué vivimos?

Margarita le enseñó su aguja, y añadió:—Las rentas de Gabriel nos ayudan, pero son insuficientes. Podría pasar todo el año si no me abrumara usted á fuerza de facturas con las que no cuento, puesto que nada me dice usted de las compras que hace en la ciudad. Así es que cuando creo tener bastante para un trimestre y tengo ya distribuido el gasto, de repente recibo una cuenta de sosa, de potasa, de zinc, de azufre, y ¡qué sé yo qué más!

—Hija mía, ten aún paciencia seis semanas; después me portaré con mesura. Ya verás maravillas, Margarita.

—Ya es tiempo de que piense usted en sus asuntos. Lo ha vendido usted todo: cuadros, tulipanes, vajilla de plata; no nos queda nada; al menos no contraiga usted nuevas deudas.

—No, no quiero contraer ya más.

—¿Ya más? repitió Margarita. ¿Acaso hay otras?

—Casi nada, bagatelas, contestó Baltasar bajando los ojos y sonrojándose.

Margarita se sintió por vez primera humillada por el abatimiento de su padre, y le causó tan penosa impresión

que no se atrevió á interrogarle. Un mes después de esta escena se presentó un banquero de la ciudad á cobrar una letra de cambio de diez mil francos firmada por Claes. Margarita rogó al banquero que aguardara todo el día, manifestándole su sentimiento por no habersele avisado aquel vencimiento, y aquél le advirtió que la casa Protez y Chiffreville tenía otras nueve letras por igual suma, que venían de mes en mes.

—Ya se sabe todo, exclamó Margarita; ha llegado la hora.

Envió á llamar á su padre y se puso á pasear con agitación por el locutorio, hablando consigo misma:—Encontrar cien mil francos ó ver á nuestro padre en la cárcel. ¿Qué hacer?

Baltasar no bajó, y Margarita, cansada de esperar, subió al laboratorio. Al entrar vió á su padre en medio de una gran pieza, sumamente alumbrada, llena de máquinas y de objetos de vidrio polvorientos; á trechos, libros, mesas en las que había amontonados productos rotulados y numerados. En todas partes el desorden ocasionado por la preocupación del sabio estaba reñido con los pulcros hábitos flamencos. Aquel conjunto de matraces, retortas, metales, cristalizaciones de fantásticos colores, muestras colgadas de las paredes, ó arrojadas en hornillos, estaba dominado por la figura de Baltasar que, en mangas de camisa, con los brazos desnudos como un obrero, enseñaba su pecho lleno de vello blanco como sus cabellos. Sus ojos horriblemente fijos no se apartaban de una máquina neumática. El recipiente de esta máquina estaba cubierto con una lente formada de dobles cristales convexos cuyo interior estaba lleno de alcohol y concentraba los rayos del sol que entraban entonces por uno de los compartimientos del rosetón del desván. El recipiente, cuyo platillo estaba aislado, se hallaba puesto en comunicación con los hilos de una inmensa pila de Volta. Lemulquinier, ocupado en imprimir movimiento al platillo de aquella máquina montada sobre un eje móvil, á fin de tener siempre la lente en dirección perpendicular á los rayos del sol, se levantó con la cara negra de polvo y dijo:—Señorita, no se acerque usted.

El aspecto de su padre que, casi arrodillado delante de una máquina, recibía á plomo la luz del sol y cuyos cabellos esparcidos parecían hilos de plata, su cráneo con mar-

cadadas protuberancias, su rostro contraído por una afanosa expectación, la singularidad de los objetos que le rodeaban, la obscuridad que reinaba en la mayor parte de aquel espacioso desván en el que surgían aparatos extraños, todo contribuyó á herir la imaginación de Margarita, que dijo para sí con terror:—¡Mi padre se ha vuelto loco! En seguida se acercó á él para decirle al oído:—Haga usted salir á Lemulquinier.

—No, no, hija mía, le necesito, aguardo el resultado de un hermoso experimento en el que otros no han pensado. Hace ya tres días que acechamos un rayo de sol. Tengo medios de someter los metales en un vacío perfecto á los rayos solares concentrados y á corrientes eléctricas. Mira, dentro de un momento va á tener efecto la acción más enérgica de que pueda disponer un químico, y yo solo...

—Padre, en lugar de vaporizar los metales, mejor sería que los reservara usted para pagar sus letras de cambio...

—Aguarda, guarda.

—El señor Mersktus ha venido; y hay que pagarle diez mil francos esta tarde á las cuatro.

—Sí, sí, en seguida. Es cierto; firmé esos pequeños giros para este mes. Creí que ya habría encontrado lo Absoluto. ¡Dios mío, si ahora tuviera el sol de julio, ya tendría hecho mi experimento!

Se mesó los cabellos, se fué á sentar en un mal sillón de junco, y vertió algunas lágrimas.

—El señor tiene razón. ¡Todo esto es culpa de ese pícaro sol, demasiado flojo: cobarde, perezoso!

El amo y el criado no hacían ya caso de Margarita.

—Déjanos solos, Mulquinier, le dijo la joven.

—¡Ah! Se me ocurre otro experimento, exclamó Claes.

—Padre, deje usted á un lado sus experimentos, le dijo su hija cuando se quedaron solos, y recuerde que hay que pagar cien mil francos y no tenemos un céntimo. Salga usted de su laboratorio; hoy se trata de nuestro honor. ¿Qué será de usted si le encierran en la cárcel? ¿Manchará usted sus canas y el nombre de Claes con la infamia de una quiebra? Pues no lo consentiré; tendré suficiente energía para oponerme á su locura: sería horroroso ver á usted sin tener qué comer al fin de su vida. Abra usted los ojos sobre nuestra posición; tenga usted por fin juicio.

—¡Mi locura! exclamó Baltasar irguiéndose. Fijó sus

ojos luminosos en su hija, se cruzó de brazos y repitió la palabra locura tan majestuosamente que Margarita tembló. ¡Ah! ¡Tu madre no me habría dicho esa palabra! repuso. Ella no ignoraba la importancia de mis investigaciones, había aprendido una ciencia para comprenderme, y sabía que trabajo por la humanidad, que en mí no hay nada de personal ni de sórdido. Ya veo que el sentimiento de la mujer que ama es superior al cariño filial. Sí, el amor es el más hermoso de todos los sentimientos. ¡Tener juicio! añadió golpeándose el pecho. ¿Por ventura me falta? ¿No estoy en mí? Somos pobres; pues bien, así lo quiero. Soy tu padre, obedéceme. Te haré rica cuando se me antoje. ¿Vuestra fortuna? Si es una miseria... Cuando yo haya descubierto un disolvente del carbono, llenaré tu locutorio de diamantes, lo cual es una fruslería en comparación de lo que busco. Bien podías esperar, cuando me consumo en esfuerzos gigantescos.

—Padre, no tengo el derecho de pedir á usted cuenta de los cuatro millones que ha sepultado en este desván sin resultado. Tampoco le hablaré de mi madre, á la que ha matado usted. Si tuviese un marido, le amaría sin duda tanto como le amaba á usted mi madre, y estaría dispuesta á sacrificárselo todo como ella se lo sacrificó á usted. He cumplido sus órdenes al consagrarme á usted por completo; se lo he probado no casándome para no obligarle á darme cuentas de su tutela. Pero dejemos el pasado, y volvamos al presente. Vengo aquí á representar la necesidad que usted mismo ha creado. Es preciso dinero para pagar esas letras; ¿lo oye usted? Aquí no hay nada que embargar más que el retrato de nuestro abuelo van Claes. Vengo, pues, en nombre de mi madre, que se mostró sobrado débil para defender á sus hijos contra su padre, y que me ordenó que le resistiera; vengo en nombre de mis hermanos; vengo en nombre de todos los Claes, á mandar á usted que se deje ya de experimentos y que se labre una fortuna propia antes de proseguirlos. Si usted se arma de su autoridad paterna, que hasta ahora no se ha hecho sentir sino para matarnos, yo tengo de mi parte á los antepasados de usted y al honor que hablan más alto que la Química. Las familias son antes que la Ciencia. ¡Demasiado hija de usted he sido!

—¿Y ahora quieres ser mi verdugo? dijo con voz débil. Margarita se marchó por no cesar en el papel que se ha-

bía propuesto desempeñar; creyó haber oído la voz de su madre cuando le dijo: *¡No contraries demasiado á tu padre, quiérole mucho!*

—La señorita está haciendo arriba una bonita tarea, dijo Lemulquinier al bajar á la cocina para almorzar. ¡Vamos ya á poner la mano sobre el secreto; tan sólo necesitábamos un rayito de sol de junio, porque el señor, ¡oh, qué hombre! casi casi está agarrado á los calzones de Dios. No le ha faltado tanto así, dijo á Josefa haciendo resonar la uña de su pulgar derecho contra uno de sus incisivos, para que sepamos el principio de todo; y ¡patatrás! la señorita viene á armar ruido por unas miserables letras de cambio.

—Pues bien, págalas con tus salarios, le dijo Marta.

—¿No hay manteca que poner en el pan? preguntó Lemulquinier á Josefa.

—¿Y dinero para comprarla? respondió agriamente la cocinera. Viejo monstruo, ya que hacéis oro en vuestra cocina del demonio, ¿por qué no hacéis también un poco de manteca? No sería tan difícil y así venderías en el mercado lo necesario para comprar la comida. Nosotras comemos pan seco. Las dos señoritas se contentan con pan y nueces: ¿quieres estar mejor mantenido que los amos? La señorita no quiere gastar más que cien francos mensuales para toda la casa. Si quieres gollerías, arriba tienes tus hornillos donde guisáis perlas, que no se venden en el mercado. Anda y haz pollos asados.

Lemulquinier tomó el pan y se marchó.

—Sin duda va á comprar algo con su dinero, dijo Marta. Tanto mejor; eso nos ahorraremos. ¡Qué avaro es ese chino!

—Habría que sitiarle por hambre, contestó Josefa. Hace ocho días que no ha limpiado nada, y yo tengo que hacer su trabajo porque siempre está arriba; bien podría pagármelo regalándonos algunos arenques; que los traiga y verás qué lindamente se los quito.

—¡Ah! dijo Marta. Oigo llorar á la señorita Margarita. El brujo de su padre se tragará la casa sin decir una palabra cristiana. En mi país ya le habrían quemado vivo; pero aquí tienen tan poca religión como en la Morería.

Margarita no podía reprimir sus sollozos al atravesar la galería. Fué á su cuarto, buscó la carta de su madre, y leyó lo siguiente:

«Hija mía, si Dios lo permite, mi espíritu estará en tu corazón cuando leas estas líneas, las últimas que habré trazado. Están llenas de amor para mis queridos hijos, que quedan abandonados á un demonio al cual no he sabido resistir. Habrá absorbido vuestro pan como ha devorado mi vida y hasta mi amor. Hija querida, ¡tú sabías cuánto amaba á tu padre! Voy á expirar amándole menos, puesto que tomo contra él precauciones que en vida no hubiera aprobado. Sí, habría guardado en el fondo de mi féretro un postrer recurso para el día en que hubieseis llegado al más alto grado de infelicidad. Si os ha reducido á la indigencia, ó si es preciso salvar vuestro honor, hija mía, en casa del señor de Solís, si vive aún, ó en la de su sobrino, nuestro buen Manuel, encontrarás unos ciento sesenta mil francos que os ayudarán á vivir. Si nada ha podido dominar su pasión, si sus hijos no son para él un valladar más fuerte que lo ha sido mi ventura y no le detienen en su marcha criminal, ¡separaos de vuestro padre, vivid al menos! Yo no podía abandonarle, me debía á él. ¡Tú, Margarita, salva á la familia! Te absuelvo de todo lo que hagas para defender á Gabriel, Juan y Felicia. Ten ánimo, sé el ángel tutelar de los Claes. Sé enérgica; no me atrevo á decir que seas despiadada; mas para poder remediar las desgracias ya causadas, hay que conservar alguna fortuna, y tú debes suponerte ya en la miseria; nada contendrá el furor de la pasión que me lo ha arrebatado todo. Así, pues, hija mía, el olvidar que tienes corazón será demostrar que el tuyo es grande; tu disimulo, si es preciso engañar á tu padre, será glorioso; tus acciones, por vituperables que puedan parecer, serán heroicas si las haces con objeto de proteger á la familia. El virtuoso señor de Solís me lo ha dicho así, y ten por seguro que no ha habido conciencia más pura ni perspicaz que la suya. Yo no habría tenido valor para decirte estas palabras, ni aun moribunda. Sin embargo, sé siempre respetuosa y buena en esta horrible lucha. Resiste queriendo, niega con dulzura. En suma, habré tenido lágrimas ignoradas y dolores que no estallarán hasta después de mi muerte. Abraza en mi nombre á mis queridos hijos, en el momento en que así llegues á ser su protección. ¡Que Dios y los santos sean contigo!

»JOSEFINA.»

Iba unida á esta carta una declaración de los señores Solís, tío y sobrino, en virtud de la cual se comprometían á entregar el depósito que la señora Claes les había confiado á aquel de sus hijos que les presentara dicho escrito.

—Marta, dijo Margarita á la dueña que subió prontamente, vé á casa del señor Manuel y ruégale que venga. ¡Oh noble y discreta criatura! Jamás me ha preguntado nada, y eso que mis penas y disgustos han llegado á ser los suyos.

Manuel llegó antes que Marta estuviera de vuelta.

—¿Conque tiene usted secretos para mí? le dijo Margarita enseñándole la carta.

Manuel bajó la cabeza.

—¿Es usted muy desgraciada, Margarita? le preguntó el joven, asomando alguna lágrima á sus ojos.

—¡Ah, sí! Sea usted mi apoyo, usted á quien mi madre ha llamado *nuestro buen Manuel*, dijo Margarita enseñándole la carta y sin poder reprimir un movimiento de alegría al ver que su madre aprobaba su elección.

—Mi sangre y mi vida le pertenecían á usted desde el día en que la vi en la galería, contestó Manuel llorando de alegría y de dolor; pero no sabía, no me atrevía á esperar que algún día aceptara usted mi sangre. Si me conoce usted bien, debe saber que mi palabra es sagrada. Perdóneme usted esta perfecta obediencia á las voluntades de su madre; no era de mi incumbencia juzgar de sus intenciones.

—Nos ha salvado usted, le dijo Margarita interrumpiéndole y asiéndose de su brazo para bajar al locutorio.

Después de enterarse del origen de la cantidad que guardaba Manuel, Margarita le confió la triste necesidad en que se encontraba la casa.

—Hay que pagar las letras, dijo Manuel; si todas están en casa de Mersktus ganará usted los intereses. Le entregaré á usted los setenta mil francos que sobrarán. Mi pobre tío me ha dejado una cantidad igual en ducados que será fácil trasladar aquí secretamente.

—Sí, contestó la joven, tráigalos usted por la noche; cuando mi padre se haya acostado, los dos los escondemos. Si supiera que tengo dinero tal vez me lo quitaría con violencia. ¡Oh Manuel! ¡Desconfiar de un padre! dijo llorando y apoyando la frente en el corazón del joven.

Aquel gracioso y triste movimiento con el cual Margarita

buscaba una protección, fué la primera expresión de aquel amor siempre rodeado de melancolía, siempre contenido en una esfera de dolor; pero aquel corazón demasiado lleno debía desbordarse y se desbordó bajo el peso de una miseria.

—¿Qué hacer? ¿Qué será de nosotros? No ve nada, ni se cuida de nosotros ni de él, porque no sé cómo puede vivir en ese desván cuya atmósfera arde.

—¿Qué puede usted esperar de un hombre que á cada momento exclama como Ricardo III: Mi reino por un caballo? dijo Manuel. Será siempre implacable; pero usted debe serlo tanto como él. Pague usted sus letras; dele, si quiere, su fortuna; pero la de sus hermanos no es de usted ni de él.

—¿Dar mi fortuna? dijo la joven estrechando la mano de Manuel y dirigiéndole una mirada ardorosa. Usted me lo aconseja, mientras Pierquin inventaba mil mentiras para conservármela.

—Es que quizás soy egoísta á mi modo. Tan pronto la quisiera á usted pobre, por parecerme que así estaría usted más cerca de mí, como la desearía rica, feliz, y creo que hay mezquindad en creerse separados por las pobres grandezas de la fortuna.

—¡Querido! No hablemos de nosotros...

—¡Nosotros! exclamó Manuel lleno de júbilo. Y después de una pausa, añadió:—El daño es grande, pero no irreparable.

—Nosotros solos lo repararemos; la familia Claes no tiene ya jefe. ¿En qué abismo ha caído para llegar al caso de no ser ya padre ni hombre, ni tener ninguna noción de lo justo y de lo injusto, porque él, tan grande, tan probo, tan generoso, ha disipado á pesar de la ley la hacienda de los hijos á los cuales debe servir de defensor? ¡Dios mío! ¿Qué busca?

—Por desgracia, querida Margarita, si obra mal como jefe de familia, tiene razón científicamente, y muchos hombres en Europa le admirarán mientras que la mayoría le motejará de loco; pero puede usted sin escrúpulo negarle la fortuna de sus hijos. Todos los descubrimientos se han debido á la casualidad. Si su padre de usted ha de dar con la solución de su problema, la encontrará sin tanto gasto y quizás en el momento en que desespere de ella.

—Mi pobre madre es feliz, dijo Margarita: habría sufrido mil veces la muerte antes de morir, ella que ha perecido en